

sioneros pertenecían á los que llamaban perfectos en la secta, es decir, á la flor de aquel sacerdocio obligado al riguroso cumplimiento del deber por la fuerza y por la importancia misma del privilegio. Así, el abad sabía que ninguno de ellos era capaz de abjurar la propia fe y convertirse á la ortodoxia. En esta seguridad, mandó encender las hogueras, y enseñándoselas en toda su fuerza destructora, les dijo que podían contar con el perdón y huir de aquella muerte terrible y cierta si renegaban de sus creencias y se convertían á la verdad católica. Ciento veinticuatro perfectos se arrojaron todos á un tiempo á las voraces llamas y murieron víctimas de las cóleras religiosas de su tiempo y mártires de una idea que no merecía, no, tan grandes y cruentos sacrificios. Lo mismo sucedió en los castillos de Cavau y Caser. Como en el primero se cayese la horca á fuerza de ejercicio, pasóse á cuchillo á todos los presos. La hermana del señor de Monreal fué arrojada á un pozo, que luego colmaron de piedras. En Peune colgaron á ciento catorce soldados y decidieron que los habitantes optaran entre la conversión ó la hoguera. Casi todos murieron quemados. Y, según cuenta Vicente de Beavais, enterraron á la señora del castillo, á pesar de hallarse en cinta enterráronla viva. En Caser mataron á sesenta, de los cuales más de la mitad pertenecían á la orden de los perfectos. Cuando se considera tal crueldad, hasta el sentimiento más exaltado se embota y concluye el ánimo por preguntar, si la especie humana, pervertida por la superstición y el fanatismo, no cae más bajo en carnicería y feroz crueldad que las alimañas salvajes.

El horror fué tanto que hasta el cielo parecía cerrado á los clamores de las víctimas. Despobláronse las poblaciones y pobláronse las montañas. Los hombres llegaron á concebir odio á sus semejantes y miedo á la sociedad. Parecían las mayores ciudades pantones vacíos. No bastaba con profesar la fe ortodoxa, queríase que cada hombre fuese esbirro, juez, verdugo de sus semejantes. Sólo Carcasona se hallaba de pie porque su joven y animoso señor habíase encerrado en ella resuelto á morir con todo los suyos antes que á tolerar la bárbara intolerancia de los cruzados. Intercedió en su pro el Rey de Aragón; pudo conseguir que le dejaran libre con doce señores más. Negóse el de Carcasona á tal trato, convencido de que si castigaban como un crimen la resistencia de Carcasona, debían, primero, castigarlo á él por haber sido el más resistente. Pero habíanse refugiado tantas gentes en la ciudad que no entregarse después de todo, equivalía por completo á morir al hambre ó á la peste. Salieron por un subterráneo, que conducía á dos leguas más lejos; y á pesar de esto entregaron á la persecución, por material imposibilidad de defenderlas, muchas gentes de las cuales cincuenta personas subieron á la horca y cuatrocientas bajaron á la hoguera. No quedaban, pues, de aquellos hermosos dominios feudales más que ruinas y escombros. La soberanía de estos comentarios fué entregada por los legados á Simón de Monfort, el cual impuso sobre cada vivienda una contribución destinada al Papa. A los pocos días de obtener el dominio sobre Carcasona,

murió el conde y señor de la ciudad, y la crónica del Langüedoc dice en su sencillo estilo que sólo una voz corría por toda la tierra, diciendo como le asesinara el mismo Simón de Monfort. Tales hechos desanimaron á los más feroces cruzados. La mayor parte de los grandes caballeros feudales volvieron la espalda, y dejaron á Monfort en sus victorias, en sus goces, en su absoluta dominación. Apenas tenía gente con quien pelear; y hubo de acudir al engaño para detener á los condes de Tolosa y de Foix que hubieran podido á su arbitrio sorprenderlo y aniquilarlo, si no se encontraran sus ánimos en el peor de los estados cuando apremia la guerra, en la incertidumbre y en la duda. Sucumbiera Monfort, si los condes de Tolosa y de Foix marcharan á combatir con él, en vez de marchar á entenderse con el Papa. Éste le dió cierto tiempo, tres meses, para reconciliarse con la Iglesia y pedir la correspondiente absolución. A la hora en que terminaba el plazo corrió Raimundo de Tolosa desalado á buscarla, no sólo en bien de su alma, sino en provecho de su condado. Pero, hallándose presente el capellán de Nuestra Señora de Paris, llamado Teodosio, le negó toda esperanza de perdón y de misericordia. Y como el conde, en su angustia, despidiera una lágrima, contestó el implacable sacerdote: «Por mucho que crezcan las aguas, no subirán, no, hasta las peanas del Señor». En estas, la esposa de Simón de Monfort, yéndose de región en región, y de gente en gente, había reunido una nueva Cruzada y entregádola por completo á merced de su cruel esposo.

Los Albigenses dejaron las ciudades y corrieron á los castillos. Narbona, que permaneciera exenta del diluvio, por razón de las leyes dadas contra los herejes, tuvo que tomar parte en la cruzada y que asistir al terrible sitio del fuerte castillo de Minerva. Desde lo alto de las montañas miraba Monfort en el valle á Tolosa, como el milano desde sus solitarias alturas, con las alas tendidas al aire, la pupila centelleante de rabia y el estómago movido por la voracidad, mira en las honduras la débil ave próxima á caer entre sus garras y á pasar á su vientre. Conociólo Raimundo, y clamaba y gritaba y se dirigía, pintándole su situación y pidiéndole su auxilio, al Emperador de Alemania y á los reyes de Inglaterra, de Aragón y de Francia. El caballeresco Pedro II, digno por su generosidad y por su entereza en las tierras que mandaba, se conmovió á tanta pena, y quiso convertirse en protector de la desgracia inmerecida, dándole al conde por mujer su hermana é intercediendo en su favor ante el concilio de Arlés. Mas no había poder bastante aquí en la tierra, no, á herir el corazón de aquella Iglesia implacable, á conmovier sus crueles entrañas. El mismo Rey de Aragón tuvo que dejar el concilio y huir á uña de caballo; porque lo hubieran despiadadamente detenido y preso. Para perdonar á Raimundo, pedíanle que licenciara todas sus tropas, que perdiera á todos sus aliados y amigos, que dejase á los herejes, que reconociera como soberano al conde de Monfort, que dispusiera la prohibición de comer carnes, de vestir ricos trajes, de habitar en las ciudades hasta que él mismo, después de haber ido á pelear con los turcos en la orden de San Juan de Jerusalén,

volviera perdonado y absuelto, cuando bien le pluguiese á los legados del Papa. Naturalmente á tal humillación cualquiera hubiese preferido la muerte y la prefirió el conde de Tolosa, encerrándose dentro de su ciudad y poniendo su porvenir y su destino en manos de Dios. Sitió á Tolosa, no Monfort en persona, sino el propio obispo de la ciudad, el terrible Foulquet, antiguo trovador, que pulsara el laud en las serenatas y en las orgías, que compusiera canciones amorosas dignas de aquellos depravados tiempos, que descollara en ciudad tan corrompida por sus placeres y por sus aventuras, y que, al ceñirse la mitra pastoral, decretaba en conciencia su exterminio como el último de los tiranos, é iba él mismo á cumplirlo en persona como el último de los verdugos. Al ver que otro podía llevarse la gloria ó la responsabilidad de sitiar á Tolosa, Monfort, el férreo jefe de la cruzada, se presenta y arremete con su nativa furia y apercibe sus saturnales de venganza. El clero, en vez de interponerse entre la vida de la ciudad y la cólera del conde, sale del recinto, entonando letanías y asistiendo á la muerte de aquella población á quien debiera en sus necesidades acudir y por quien debiera impetrar, no solamente la compasión de los hombres, sino también la misericordia de los cielos. Entretanto la cruzada caía por su propio peso de las esferas de la religión á las esferas de la política. El disentimiento de las conciencias pasaba por ende á sencillo pretexto y ocultábanse tras sus combates las tristes rivalidades de la política y la satisfacción colmada de las más protervas ambiciones. Así los monjes franceses, promovedores de la guerra extendían su autoridad política sobre los territorios castigados; y los obispos y los arzobispos aumentaban sus báculos, prolongándolos con los cetros, y ceñían coronas ducales á sus mitras de pastores. Monfort, que necesitaba pelear como el león necesita comer, ave de rapiña, fiera de las selvas, ser sangriento y carnicero, anheloso de tener más garras y matar más gentes, entra por países ortodoxos é infiere á los católicos igual castigo que á los herejes. Todos los señores feudales, asentados en las laderas del Pirineo se ligaron en liga de defensa y salvación contra las amenazas de conquista. Hasta los mismos Reyes se quejaban de estas irregularidades y temían la vuelta temible á los peores tiempos y á los peores usos del más desenfundado feudalismo, concluido por el remate gótico de una absoluta teocracia. Quien más dió la cara en defensa del amenazado conde, fué nuestro caballeresco y casi legendario Monarca don Pedro II de Aragón. Pocos Reyes tan épicos, cual este Rey de las grandes batallas, y de los poéticos recuerdos. Sean cualesquiera los defectos que pueda echarle en rostro la Historia, á nuestros ojos aparecerá siempre como el Rey de las Navas, de aquel campo inmortal, donde brotan por todas partes los laureles de la victoria y donde reunidos los Reyes de Aragón, de Castilla, de Navarra, sembraron la simiente que debía producir la unidad española, al mismo tiempo que hicieron retroceder hacia el desierto la barbarie almohade, cuyas encrespadas ondas amenazaban cubrir y enterrar toda la civilización europea. No se le puede recordar sin recordar á la vez aquellas

legiones que capitaneaba con tanta gallardía, educadas en la libertad y dignas de todos sus derechos, las cuales, formando una de las alas del ejército español, envolvieron las inmensas muchedumbres armadas que rodeaban al emir de los creyentes, el cual se dejó su korán y su alfange, salvándose merced á la ligereza de su yegua árabe, que lo llevó lejos de allí á llorar la ruina de todo su ejército y el desvanecimiento de todas sus ilusiones. ¿Quién hubiera dicho que aquel rey de los combates, ceñido por la aureola de la más poética victoria, iba pronto á morir en obscura guerra religiosa, cuando pasara incólume por el fuego abrasador de tantas y tan terribles tempestades? ¿Quién había de decir que su gloria iba á hundirse tan obscuramente y su vida á perderse y acabarse en trance tan impropio de su grandeza? Cuñado del conde de Tolosa, comprometido por caballeresco juramento á socorrerle, temeroso de que las correrías de Simón de Monfort que amenazaban á sus feudatarios le alcanzase también, rompió por tierra de Francia después de haber pedido á los cruzados prudencia, rogado al Papa consideración, y puesto en armas á sus aliados para que le siguieran á la guerra, exhaustos como quedaban ya los remedios y los recursos de conciliación y de paz.

Pero Pedro tenía un defecto propio de su tiempo, que le causaba grandes daños y le disminuía en el concepto público hasta disminuirlo y perderlo. El coraje de su temperamento guerrero, el empuje de su voluntad invencible, el ardor de su ánimo enérgico estaban contrastados y compensados con la ligereza de costumbres que corrompía y aún canceraba su atlética complexión y su elevado espíritu. Nadie ignora cómo gustaba de casi todas las mujeres menos de la suya propia. Nadie ignora cómo, para darle una sucesión legítima, fué preciso engañar aquel temperamento exaltado y hacerle creer que su esposa era la esposa de otro. La tradición refiere cómo se irritó, al verse rodeado del clero, de los príncipes, de la corte en su propio lecho conyugal, y junto á su mujer propia y legítima, cuando creía haber llegado, en medio de las tinieblas, al lecho de ajena dama, deudora por las leyes y por la religión á otro de aquellas caricias. El mismo Simón Monfort recogió una carta, en la cual, dirigiéndose á una hermosa mujer de Provenza, le decía en plata que iba compelido del deseo á su patria, no por querellas religiosas ó políticas, sino por su amor y por la felicidad que en este amor encontraría su ánimo agitado de voluptuosas esperanzas. Sus más entusiastas y más obligados historiadores cuentan que el día de la batalla de Muret no estaba bien á plomo sobre su caballo, porque había pasado la noche en las delicias del amor. Así Monfort no le temía creyendo poco terrible á un hombre que contrastaba los designios de Dios por el amor á las mujeres. Y en efecto, el fin de Pedro II merece llorarse con lágrimas amargas y desdice de toda la noble alteza de su heroico natural y de toda la fortuna de su vida. Una celada, más bien que un combate, lo mató. Su enemigo, el conde de Monfort, á quien buscaba como en duelo, cuerpo á cuerpo, fingió retirarse y huir, para que se engolfara más descuidado en aquel campo de Muret, cercano

á Tolosa, tan infausto para todos los albigenses y para sus poderosísimos protectores. Cuando más creídos éstos estaban de que no iba por ningún camino á empeñar batalla, volviése Monfort con furia y cayó sobre ellos con abrumadora pesadumbre. Más de quince mil murieron al filo de aquellas armas tan acostumbradas á la matanza. Todos á una buscaban al Rey de Aragón. Este, enflaquecido por sus noches, acababa de entregar parte de la armadura á uno de sus gentiles-hombres. Al verlo tan reluciente, los cruzados creyeronle el mismo Rey en persona, y cerraron furiosos con él. Mas Pedro, con la entereza digna de su natural heroico y con la elevación digna de toda su vida, conociendo el peligro que por su culpa corría uno de sus más adictos, atravesóse entre ellos, que ya dudaban respecto de la identidad de aquel á quien acometían, y les dijo: «el Rey soy yo.» Las lanzas cayeron sobre su cuerpo con presteza y lo derribaron en tierra sin vida. Trovador inspiradísimo, héroe incomparable, tan amigo de la guerra como de las artes, perfecto caballero, tan generoso en sentimientos y tan abierto á todas las ideas, educado en los saludables ejercicios de la libertad, ceñido con la gloria inmortal de las Navas, merecía ciertamente haber vivido más tiempo para honor y gloria de su patria que le debía inolvidables lauros. La muerte de Pedro no extinguió, no, la guerra de Provenza. El despojo de Raimundo de Tolosa debía de tocar á su hijo, y su hijo debía salir á combatirlo, transmitiéndose así de generación en generación los odios que engendraban incendios eternos, y eternas matanzas, como si la tierra fuera el infierno. Mientras el futuro Raimundo VII entraba por las puertas de Avignon, el infeliz Raimundo VI su padre, se dirigía sobre Tolosa, cuyos habitantes conspiraban á una contra la tiranía de Monfort. Cansado este de luchar y reluchar en vano, comprendiendo la inutilidad para él y para su familia de guerras, cuyas victorias sólo aprovechaban á los clérigos, cayó en profundo abatimiento, y como suele suceder á todos los ánimos fuertes cuando se abaten, llegó á desear como lenitivo á sus dolores el sueño eterno. Y en efecto, un día que, delante de Tolosa sitiada, estaba oyendo misa, certera piedra, dirigida desde los muros de la ciudad á su cabeza, concluyó para siempre con el bárbaro general de la cruzada antialbigense. La muerte de Monfort no quitó sus horrores y sus crueldades á la guerra. Pocos días después, el conde Raimundo alcanzaba algunas ventajas y recogía algunos prisioneros. Encontrábanse entre éstos dos hermanos cruzados á quienes el conde mandó matar por haberles oído decir con vanagloria que degollaban á todos los albigenses incapaces de pagar su rescate; que hacían matar á los hijos por mano de sus padres, y á los padres por manos de sus hijos; que arrojaban los heridos al campo como cadáveres insepultos y los dejaban á merced de los elementos y de las fieras, mientras recogían á sus mujeres para convertirlas en propias concubinas. Así no es mucho que el horror á semejante guerra quede hasta hoy en los ánimos y las huellas desoladoras en el suelo. Horrorosa la conquista de Monfort que arrojaba al conde Raimundo de los dominios; horrorosa también la conquista de Rai-

mundo que rehacía sus perdidos estados. En mil doscientos veintitrés le sobrecogió la muerte, y á pesar de haber dado en la agonía señales de arrepentimiento y de haber intercedido por su memoria en Roma su hijo, ni siquiera permitieron á sus huesos una tranquila sepultura en sagrado.

Los ortodoxos no perdonaban medio alguno de continuar sus empresas. Había muerto el alma de ellas, Inocencio III; había muerto el brazo de ellas, Simón de Monfort; y no retrocedían. El Papa Honorio II estaba lejos, muy lejos de sentir aquellas cóleras, que tantas veces pusieran el rayo abrasador en manos de Inocencio III. Los albigenses pudieron respirar algo y organizaron, allá por el año 33 de la décimatercia centuria, su Iglesia jerárquica, dándole por jefe un prelado duelista con residencia en Bulgaria. Pero los hijos de Simón de Monfort y de Raimundo VI peleaban con el mismo encarnizamiento que sus padres. Creíase el uno heredero de la corona, bajo cuya sombra naciera; creíase el otro heredero legítimo de las conquistas alcanzadas por las aventuras religiosas y guerreras de su ambiciosísimo padre. Entre estos litigios, Luis VIII que heredara la corona en 1223, por muerte de su padre Felipe, comprende, á pesar de la tierna edad suya, que allí hay un verdadero engrandecimiento para Francia y obliga al heredero de Monfort á que le ceda la herencia y convence de hereje al heredero de Raimundo y llama en torno suyo á los obispos ortodoxos para que prediquen la cruzada, y so color de religión y de piedad, ensancha sus reinos y aumenta por escrúpulos de conciencia sus dominios sobre la tierra. Aunque el Rey murió pronto, en la flor de su edad, dejando el trono á una viuda y á un niño, la cruzada continuó con sinigual encarnizamiento. Tres cuerpos de ejército se formaron y cada uno de ellos recibió bárbaro y cruel encargo. Destinaron el uno á desarraigar las cepas de los viñedos; el otro á segar las mieses en los surcos; el otro á destruir los monumentos y las casas en las ciudades. A los tres meses de esta empresa el Langüedoc se parecía en todo á los desiertos de África. Ni los pedriscos, ni las langostas, ni las inundaciones, ni ninguno de los azotes de la implacable Naturaleza, probaron nunca y afligieron al Mediodía de Francia como esta horrible tala, sistemática, sujeta á cálculo que no dejaba una piedra en los pueblos, ni un tallo en los campos, creyendo los exterminadores cumplir un divino ministerio, porque oían misa diariamente y á todas horas doblaban la rodilla para recibir la bendición de los capellanes y de sus obispos. Mas al fin, semejante guerra en su barbarie, en su crueldad, se dirigía contra objetos inanimados é inertes. Para tomar las almas, para circuir las como pudiera circuirse una ciudad, para asaltarlas como pudiera asaltarse un muro, para ponerlas en tormentos y oprimir su razón y desolar su conciencia y desarraigar en ellas las ideas, inventóse el más bárbaro de los institutos, la Inquisición. Y se lanzaron los más feroces de todos los soldados, los inquisidores á perseguir y exterminar el pensamiento. ¿Qué podía hacer el pobre Raimundo de Tolosa contra estos decretos de la fatalidad? Los cruzados exterminaban el suelo de sus reinos, los